

téntica es también dura y riesgosa praxis, sobre el lenguaje y sus condiciones de enunciación. Tal vez esté demás advertir que aquí lenguaje no tiene mucho que ver con el concepto de "forma", pero sí es interesante aludir a las implicancias entre lenguaje, arte y vida que se nos proponen en este libro. En este sentido, *¿Por qué hacen tanto ruido?* retoma con vigor inusitado el programa de las vanguardias históricas, aquéllas que quisieron reconciliar el arte y la vida, pero también —y no por mimetismo de las nuevas órdenes del día, las del postmodernismo— incide verticalmente, con lucidez que extrema, en el carácter discursivo de la experiencia humana, incluyendo la experiencia del cuerpo y del deseo, con lo que la mudez es la más aterradoramente imagen de la muerte y el lenguaje dicho con goce o sufrimiento el mayor y más alto signo de la vida que merece vivirse.

Antonio Cornejo Polar
University of Pittsburgh

Bernarda Solís. *Mi vida privada es del dominio público*. México (D.F.), Plaza Janés Editores, 1988.

En México el llamado "micro-relato" tiene una rica tradición. Basta recordar las obras de Julio Torri, Juan José Arreola o las de Augusto Monterroso, para darse cuenta de que esta forma literaria aquí no está tan marginalizada como en otros países del continente.

Bernarda Solís se inscribe en esta tradición, pero de manera distinta. Aunque sus textos comparten con los de los autores las características generales del micro-relato

como son una prosa sencilla, cuidada y precisa, un humorismo de forma paradójica, de tono irónico y a veces satírico, y el recurso a antiguas formas literarias o a la literatura universal, se diferencian de otros textos de este género por su punto de vista feminista.

Mi vida privada es del dominio público reúne veinte textos generalmente muy breves que en parte hablan precisamente de la condición femenina: de la visión femenina de la pareja en una sociedad todavía dominada por el machismo y por el pensamiento unidimensional del varón en el relato que le da nombre al volumen; de las costumbres de las capas altas determinadas por la moral católica que más que nada domina la vida de las hijas de la familia, y sobre los intentos de las últimas de escapar de estas restricciones en *Aviso oportuno*; de la mujer definida por el hombre, por su forma de mirarla, de pintarla y de tratarla en *El arte y los monstruos*; de las fantasías eróticas de una mujer no reducidas al acto sexual en sí en *Amante del jazz*; de los sentimientos contradictorios de la protagonista del relato *Para acallar el silencio* hacia su amante, sentimientos que oscilan entre el amor y el adorno para su fuerza creativa por un lado, y el odio a su manera de tratarla y la angustia de ser abandonada por otro, que termina en la imposibilidad de decirle lo que siente; y de la situación de una mujer enamorada de un hombre casado en *Con un bull para la cruda*.

Pero aún en los textos que no expresan tan obviamente temas de la condición social de la mujer, Solís cuenta desde un punto de vista femenino. Esto se ve claramente en el cuento *El fruto prohibido*, en que la amenaza por el demonio, por el Mal, termina con la violación de la mujer: la fuerza trascendente se

convierte en hombre, el Mal es masculino.

Este punto de vista se expresa también a nivel formal; son significativas las diferencias entre los textos de Solís y los de otros autores de micro-relatos: si por ejemplo las referencias a antiguas formas literarias en los textos de Monterroso o Arreola se concentran en el uso del género didáctico de la fábula, en los de Solís se trata de referencias al cuento popular (en *El dragón dorado* y en *Snobísimo*) o a la novela rosa (en *El drive-in*). Incluso su humor es distinto al de los autores masculinos: mientras el humor de Torri o Arreola es pesimista y a veces hasta cínico, el de Solís es de tono burlón y a la vez positivo (aunque ese no sea el caso en todos los textos del libro): en algunos relatos hay un "happy-end" en la manera conocida de las telenovelas.

Además de ello Solís pone en duda la autoconciencia idealista de artistas modernos, este fantasma del Hombre-Dios-Creador que define la ideología y la producción literaria de muchos de los autores de la nueva narrativa latinoamericana. En sus relatos los artistas tratan a las mujeres como si fueran sus propias creaciones y las condenan al silencio (como lo hace el escultor que crea un retrato de su amante aún sin boca en *Para acallar el silencio*). Una de las respuestas posibles de artistas femeninas que se puede ver como auto-definición de su producción artística, es la que expresa la protagonista del mismo relato: "Asumiré que la relación puede reescribirse como una novela y haré anotaciones al margen en borradores y borradores hasta darle sonoridad a los silencios".

Hay otro grupo de textos temáticamente distintos en *Mi vida privada es del dominio público*. En es-

tos se cuentan escenas típicas de la vida cotidiana en la ciudad de México. Solís, al mismo tiempo que confronta contenidos cotidianos y fantásticos, muestra las contradicciones no resueltas entre diferentes culturas. El semáforo es el lugar preferido para la demostración de los encuentros de diferentes grupos de la sociedad, de gente rica con gente pobre, de danzantes, pirófos y vendedores de juguetes pidiendo limosna, con miembros de la clase media o alta en sus coches al regreso del trabajo y siempre teniendo prisa. Además estas escenas son encuentros de dos culturas todavía no reconciliadas a pesar de la ideología oficial del "mestizaje cultural".

En algunos de estos relatos Solís mezcla contenidos cotidianos y fantásticos y de esta manera nos da una "solución" utópica del conflicto cultural como lo expresa por ejemplo en *El títere*: "... lo vio como una mariposa, un pájaro, un pegaso, se elevó por encima de los árboles, pareció otra esfera más entre las burbujas de colores y se perdió en el cielo". Aún hoy esto parece ser la única forma de "resolver" los problemas de la heterogeneidad cultural de México.

La obra literaria de Bernarda Solís fascina no solamente por su belleza formal, su humor y su manera de expresar conflictos de la vida cotidiana desde un nuevo punto de vista, sino a la vez por su reivindicación de contenidos utópicos. En esta reivindicación de las utopías —la utopía feminista de conquistar "la otra mitad del cielo" y la utopía de la reconciliación de las distintas culturas mexicanas— veo uno de los mejores méritos de *Mi vida privada es del dominio público*.

Friedhelm Schmidt
Universidad Libre de Berlín